

# LA REGADERA DEL BRUJO



10  
CTVS

COLECCION MARUJITA

Nº15

Elvira

La regadera

del brujo

*ms*

*Elvira*

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

118X162

*Es propiedad en lo referente a los derechos exclusivos  
de traducción al español y a la presente traducción  
Copyright, 1939, by EDITORIAL MOLINO*

---

*Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL MOLINO  
Gorostiaga 1650 - Buenos Aires - (Argentina)*



## LA REGADERA DEL BRUJO

Hacía muchísimo calor. El jardín de papá estaba seco y las plantas requemadas. Papá fué a examinar los rosales y meneó tristemente la cabeza.

—¡Dios mío!—exclamó.—¡Cómo está esto! Si no se riega el jardín, no va a nacer ni siquiera un tallo de hierba. ¡Margarita! ¡Juanito! Venid aquí; os necesito.

Los niños abandonaron su juego del escondite y acudieron al lado de su papá.

—Me gustaría mucho que regaseis el jardín — dijo papá.—Ambos tenéis una regadera cada uno, ¿verdad? Pues bien, esta tarde quiero que reguéis bien el jardín, y todas las tardes siguientes, hasta que llueva.

—¡Oh, papá! Guillermo y Pedro vienen todas las tardes a jugar con nosotros—dijo Juanito.—¿Quieres que reguemos el jardín?

—Haréis lo que os he mandado. Guillermo y Pedro os ayudarán si quieren, o bien presenciarán vuestro trabajo. Pero es preciso regar el jardín.

Los niños se quedaron muy disgustados. No tenían ningún deseo de llevar a cabo aquel trabajo, que les exigiría mucho tiempo. Y estaban tan tristes y enojados, que su mamá acabó diciéndoles que fuesen a dar un paseo.

Ellos obedecieron y se marcharon.

—Vamos al bosque, porque allí hace fresco — dijo Margarita.

Tomaron, pues, el estrecho sendero, que pasaba por entre los avellanos del Bosque del Brujo. Aquel bosque era muy grande y en su centro, muy espeso. Muchas veces los niños se habían preguntado la razón de que se llamara Bosque del Brujo, pero nadie lo sabía.

—Creo que, en otro tiempo, vivía un brujo aquí— dijo Margarita mientras atravesaban el fresco bosque.— Me gustaría mucho verle. ¿Verdad, Juanito?

—¡Bah! Los brujos no son ya de nuestra época— contestó Juanito en tono desdeñoso. — ¿A dónde vas, Margarita? Nunca hemos llegado tan lejos.

—Voy de exploración—contestó la niña.—Mira ese sendero tan raro; debe de llevar a alguna parte. Estoy segura de ello.

Continuaron andando a la sombra de los árboles, que producían un leve susurro. El sol pasaba por entre las hojas en algunos puntos, proyectando manchitas de luz sobre el suelo. Margarita seguía andando y, por último, llegaron a un lugar en donde el follaje era tan espeso, que el sol no podía atravesarlo.

De pronto, los niños divisaron una extraña casita. Era muy pequeña y muy rara. Se hallaba en un pequeño claro y la alumbraba la luz del sol. A su alrededor había un jardín, donde crecían las flores más bonitas y brillantes que los niños vieron en su vida. Eran grandes como platos y de todos los colores del arco iris. Además brillaban como joyas, y los niños se detuvieron sorprendidos.

Mientras miraban aquel extraño jardín, vieron que se abría la puerta de la casita. Salió un hombrecillo vestido con un traje muy astroso. Cubríase la cabeza con



### MARGARITA DESCOLGÓ LA REGADERA

un sombrero alto, adornado con una pluma de pavo real. Sus zapatos eran verdes y terminaban en punta.

—Es el brujo—murmuró Margarita agarrando, muy excitada, el brazo de su hermano.—Aún vive ahí, en el centro del bosque.

Mientras los dos niños le observaban, vieron que el brujo tomaba una regadera colgada de la pared. Era muy grande y estaba pintada de azul y de amarillo. El brujo la llenó de agua de la fuente que había en el extremo del jardín, la dejó en el suelo y le dijo:

—*Riega, riega, regadera,  
porque la tierra te espera.*

Así oyeron los niños decir al brujo, y, en el acto, la regadera se levantó en el aire, se inclinó y empezó a



regar aquellas brillantes flores. Al parecer no se agotaba, sino que pasaba de una planta a otra, dejándolas bien bañadas. Luego regó minuciosamente una parte de hierba y después hizo lo mismo con las plantas de unos tiestos.

El brujo se metió en la casa, de modo que los niños pudieron acercarse para ver los movimientos de la regadera maravillosa. Cuando se abrió la puerta y apareció el brujo, los dos niños fueron corriendo a refugiarse en el bosque, temerosos de haber sido reconocidos. Poco después se asomaron para mirar. La puerta de la casita estaba cerrada, no se veía ya al brujo y la regadera estaba colgada de un gancho en la pared.

De pronto los niños oyeron un portazo muy fuerte y vieron que el brujo se alejaba por el sendero que iba a parar a la parte posterior de la casa. Sin duda iba de compras, porque llevaba un gran cesto colgado del brazo.

—Juanito, vamos a tomar prestada esa regadera maravillosa y así podremos regar esta tarde el jardín de papá—dijo Margarita. — Nos la llevaremos ahora, para devolverla en cuanto haya regado. De este modo podremos jugar con nuestros amiguitos sin necesidad de preocuparnos. Ella se encargará de hacer el trabajo. Y así que haya acabado, la devolveremos.

—¿Y tú crees que eso no le sabrá mal al señor brujo?—preguntó Juanito.—¿Y si se da cuenta de que ha desaparecido?

—No empieces a imaginar cosas—exclamó Margarita impaciente. — Siempre estás lleno de temores. Yo tomaré la regadera.

Atravesó corriendo el jardín del brujo, descolgó la regadera del gancho y se alejó con ella, contenta a más



### LLENÓ LA REGADERA Y LA DEJÓ EN EL SUELO

no poder. Luego los dos niños emprendieron el regreso a su casa. Ocultaron la regadera en el cobertizo del jardín y fueron a merendar.

—No os olvidéis de que papá os mandó regar el jardín — les advirtió su madre en cuanto salieron del comedor.

—No, mamá—contestó Margarita.

Salieron, y al poco rato llegaron Guillermo y Pedro. Los dos niños mostraron la mágica regadera a sus amigos.

—Papá nos mandó regar el jardín en vez de jugar con vosotros, pero hemos pedido prestada esta regadera mágica que se encargará de hacer el trabajo por nosotros, y así podremos jugar mientras tanto.

Guillermo y Pedro no creyeron tales palabras. Entonces Margarita llenó la regadera con agua del grifo



y luego la dejó en el suelo, como viera hacer al brujo, diciendo en voz alta:

*—Riega, riega, regadera,  
porque la tierra te espera.*

En el acto se levantó la regadera, se inclinó y empezó a regar las flores y los arriates con la mayor minuciosidad. Tampoco se vació, sino que continuó regando de una planta a otra, de un modo maravilloso.

Los cuatro niños estaban encantados. ¡Qué fácil resultaba regar el jardín! Pero pronto se cansaron de observar la regadera y empezaron a jugar al escondite.

Poco después, la regadera, que había regado ya los arriates, empezó a saturar el césped de agua. Cuando hubo terminado pareció buscar otra cosa que regar, pero ya no había más flores. Entonces la regadera se dirigió al cochecito de muñecas de Margarita y lo regó con el mayor cuidado.

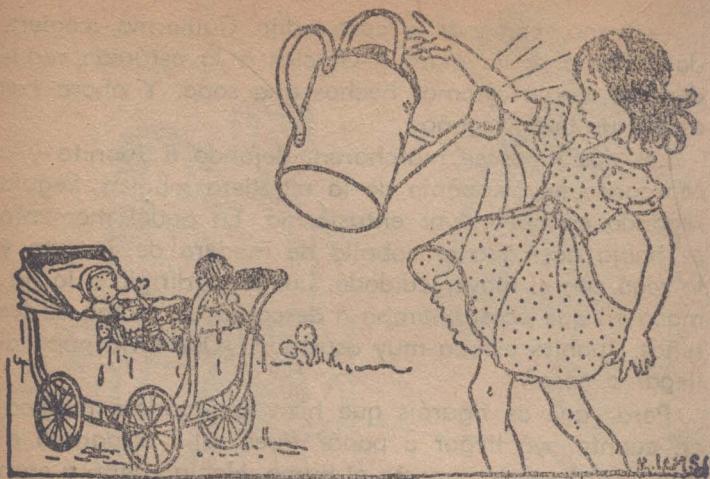
La niña que lo vió no pudo contener un grito.

—¡Oh, la regadera del brujo está regando el coche de mis muñecas! ¡Las pobrecillas están caladas y el coche ha quedado convertido en un cubo lleno!

Fué a interrumpir aquel trabajo desagradable, pero con gran sorpresa por su parte, en cuanto quiso apoderarse de aquel objeto mágico, éste se volvió y empezó a regarla a ella misma.

La niña echó a correr dando un grito de enojo. Luego los tres muchachos quisieron apoderarse de la regadera, pero ella les trató de igual modo, es decir, que los regó a conciencia, hasta el punto de que ellos se vieron obligados a desistir de su empeño.

—Haz de modo que esa maldita regadera no riegue



## LA REGADERA SE VOLVIÓ A MARGARITA Y LA REGÓ

más—dijo Guillermo escurriendo el agua que chorrea-  
ba de su camisa.—¿Por qué no pronuncias las palabras  
necesarias para que cese de regar, del mismo modo co-  
mo le mandaste empezar?

Pero Margarita ignoraba cómo se hacía, porque no  
vió ni oyó de qué manera el brujo la obligó a detenerse.  
La niña se puso muy pálida y se quedó inmóvil.

—¿Qué haremos, Juanito? No sabemos cómo se hace  
para que deje de regar. Ahora seguirá regándolo todo  
y ni siquiera podemos apoderarnos de ella para devol-  
vérsela al brujo.

—Tú tienes la culpa—dijo Juanito. — Tuya fué la  
idea de quedarte con la regadera. Creo que no debié-  
ramos haberlo hecho. Pero tú te metes siempre en esos  
líos y luego nos comprometes. Por mi parte no sé qué  
hacer.

—Bueno, vámonos a casa—dijo Guillermo, cogiendo a Pedro de la mano.—Gracias a la estúpida regadera del brujo estamos hechos una sopa. Y ahora nos espera un buen regaño.

Los dos niños se marcharon, dejando a Juanito y a Margarita en compañía de la regadera mágica. Seguía regando con el mayor entusiasmo. En aquel momento se había acercado al caballo de madera de Juanito y lo regó con el mayor cuidado. Luego se dirigió a la hamaca en que acostumbraba a descansar la mamá de los niños. Juanito estaba muy asustado. ¿Qué diría papá al llegar a casa?

Pero ¿qué os figuráis que hizo la regadera mágica, en cuanto oyó llegar a papá? Pues salió disparada al aire y se desvaneció como el humo. Había vuelto a casa del brujo en el bosque.

Así, cuando papá llegó al jardín, no pudo ver otra cosa sino que todo estaba chorreando, sin exceptuar a sus mismos hijos. Miró al banco del jardín, se fijó en la hamaca de mamá, en la ropa tendida, en los niños, y vió que todo estaba mojado. Inmediatamente su rostro adquirió una expresión amenazadora.

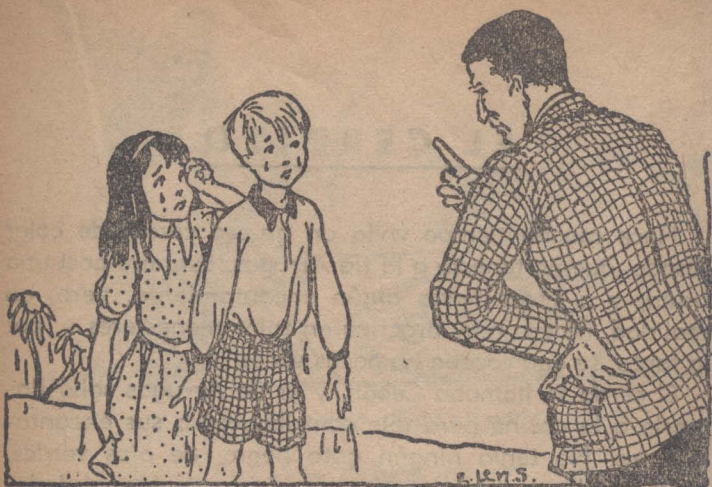
—¿Qué es eso?—preguntó con fuerte voz.—¿Por qué lo habéis mojado todo de esta manera?

Juanito y Margarita le explicaron que habían tomado prestada la regadera del brujo y que luego no pudieron impedir que lo mojase todo. Pero, como ya se comprende, papá no creyó una sola palabra de eso. Ni una siquiera.

—No vengáis contándome tan ridícula historia. ¿Una regadera encantada? Eso no es más que una excusa de vuestra tontería. Ahora os daré unos azotes y os mandaré a la cama.

Y, en efecto, así fué. Ellos se manifestaron arrepenti-





—¿QUÉ ES ESO?—PREGUNTÓ SU PAPA

tidos, pero ni su papá ni su mamá hicieron lo propio, porque estaban muy enojados con lo ocurrido.

—Lo tenemos muy merecido, por haber tomado una cosa que pertenece a otro, sin pedir permiso—dijo al fin Juanito.—No debiéramos haber hecho esto.

—Perdóname, Juanito—dijo Margarita.—Otra vez no seré tan tonta. Comprendo que la culpa es mía. Quizás mañana debiéramos ir a casa del brujo para pedirle que nos dispense, y a fin de expresarle nuestro deseo de que la regadera llegase sin novedad.

Al día siguiente, los dos hermanos salieron de nuevo hacia el bosque. Mas, por mucho que buscaron en todas direcciones y a pesar de que siguieron cuantos senderos se les presentaron, lo cierto fué que no pudieron hallar aquella casita en el corazón del bosque. ¿Verdad que es raro?

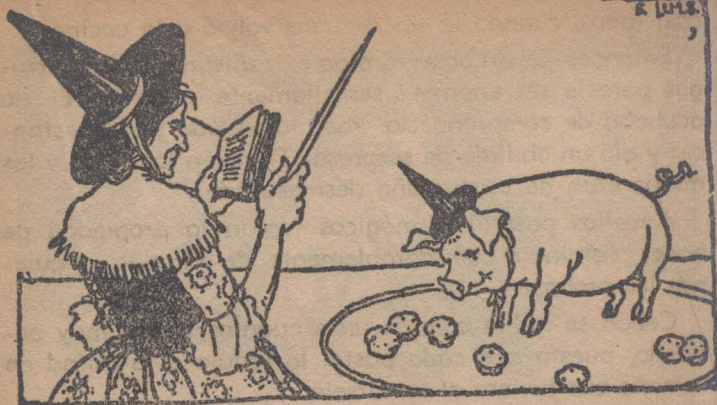
## EL CERDITO

Hace mucho tiempo vivía un grueso cerdo, de color rosado, que pertenecía a la tía Arrugas. Esta era casi una bruja, y a veces hacía algún encantamiento, pero, en realidad, no era muy práctica en tales menesteres y, por lo tanto, se equivocaba no pocas veces.

El cerdo se llamaba Cebón, y la tía Arrugas solía llamarlo a la cocina para que contribuyese a sus encantamientos. No tenía ningún gato negro, de ojos verdes, para que la asistiera, según costumbre de las verdaderas brujas, pues no podía proporcionárselo a causa del precio elevado de tales animales. Pero Cebón, el cerdito rosado, lo substituía muy bien.

A Cebón le molestaba ayudar a la tía Arrugas. Los encantamientos olían de un modo muy raro, y nunca se sabía si aparecería un humo amarillo o verde, o sí, de repente, surgiría un haz de llamas. Por esta razón y cuando sospechaba que su ama se dedicaba a la brujería, él procuraba esconderse. Mas eso no le servía de nada, porque la tía Arrugas lo encontraba siempre. Era demasiado gordo para ocultarse como es debido.

Un día la tía Arrugas lo llevó a la cocina para que le ayudase a hacer un nuevo encantamiento. Alguien le dió la receta para obtener pasteles mágicos, y deseaba proporcionarse algunos. Mas para eso, Cebón había de permanecer en el centro de un círculo trazado con yeso, en tanto que ella misma se hallaba fuera y empezaba a recitar, canturreando una serie de pala-



## POCO DESPUÉS APARECIERON UNOS PASTELILLOS

bras mágicas. En cosa de dos minutos y con gran sorpresa de Cebón, aparecieron dentro del círculo numerosos pastelillos de frambuesa. Parecían acabados de cocer, y tenían aspecto de ser deliciosos. A Cebón se le hizo la boca agua y le empezó a temblar la jeta. Con el mayor gusto habría olfateado uno de aquellos pasteles, pero no se atrevió a moverse mientras continuaba el encantamiento.

En el preciso instante en que la tía Arrugas dejó el libro para ir en busca de un plato en que poner los pasteles mágicos, se oyó una llamada a la puerta.

—¡Maldito sea! Será el carnicero—dijo la tía Arrugas, dirigiéndose a la puerta, sin acordarse de que dejaba a Cebón y los pastelillos dentro del círculo.

Aquello fué ya más de lo que podía resistir Cebón. En cuanto su ama le volvió la espalda, olfateó un pastelillo y notó que olía tan bien que se lo comió. Su sabor era exquisito. Entonces Cebón se comió otro, otro, y otro... En una palabra, que se los había comido ya



casi todos, cuando la tía Arrugas volvió a la cocina.

Entonces Cebón observó algo extrañísimo. La tía Arrugas parecía ser enorme, sencillamente enorme. El no acababa de comprenderlo. Pasó la mirada por la estancia y dió un chillido de sorpresa. También las sillas y las mesas eran de un tamaño desmesurado.

Aquellos pastelillos mágicos tenían la propiedad de hacer disminuir considerablemente de tamaño a quienes los probasen.

Cebón se había comido unos cuantos, y era muy pequeño, puesto que cada pastel lo redujo a la mitad de tamaño que tuviera al comérselo.

La tía Arrugas lo miró asombrada, y luego dió una patada de disgusto.

—¡Oh, estúpido y goloso cerdo! ¡Te has comido todos mis pastelillos mágicos! ¡Malvado! Espera a que recobres tu habitual corpulencia y ya verás qué paliza te doy.

Cebón se asustó tanto que salió del círculo mágico y corrió hacia un rincón. Lo persiguió la tía Arrugas, y entonces el cerdito descubrió que, gracias a su tamaño actual, le era mucho más fácil esconderse. Se metió en un agujerito practicado por los ratones y permaneció quieto allí. La tía Arrugas registraba por debajo de las sillas y de los restantes muebles, pero no pudo encontrarlo.

Cebón penetró en aquel agujero y, de pronto, tropezó con algo caliente y suave.

—¡Hola! — exclamó una voz cascada. — ¿Quién eres?

Cebón se volvió y pudo ver a un ratoncillo gris, que tenía unos ojos muy brillantes.

—Espero que no te habré interrumpido el paso—dijo



CEBÓN VIÓ UN RATONCITO DE BRILLANTES OJOS cortésmente. — Pero lo cierto es que trato de ocultarme de esa desagradable tía Arrugas. Quiere darme una paliza.

—¡Dios mío!—exclamó el ratón meneando desalentado la cabeza.—Lo siento mucho por ti. Esa mujer no es una persona agradable. Es avara y nunca deja una sola miga de pan para mí o para mi familia. ¿Por qué no te escapas?

—Es una idea excelente—contestó Cebón muy satisfecho.—¿Por qué habría de volver a su lado? Pero, ahora recuerdo, ratoncito, que soy demasiado pequeño. ¿Quién podrá devolverme mi tamaño habitual si no regreso al lado de la tía Arrugas?

—Nadie—contestó el ratoncito, muy alegre. — Mas ¿para qué quieres ser grande? Es mucho más agradable ser pequeñito. Puedes ocultarte en todas partes y meterte por donde quieras. Yo, toda mi vida, he sido pequeño, y estoy muy contento de eso. Y en tu lugar continuaría siendo pequeñito, amigo.

Cebón reflexionó acerca del particular, y se dijo que el ratón estaba en lo cierto. Resultaría agradable ser pequeño.

—Pero no tengo más remedio que encontrar un hogar en alguna parte —dijo al ratón. — He de pertenecer a alguien.

—Bueno, métete por ahora en mi madriguera—contestó el ratón. — Te enseñaré a dónde conduce este pasillo. Lleva a una granja, y podrás preguntar a la mujer del granjero si quiere mantenerte en su pocilga. Es una buena mujer, y muy bondadosa para los animales. Espero que te dejará vivir en su casa.

Cebón le siguió en tanto que el ratoncillo se aventuraba por un largo túnel que conducía a un campo. El ratón asomó la cabeza para darse cuenta de si estaban vigilando los gatos de la granja, pero no había ninguno a la vista.

—Allí está la esposa del granjero. Mírala—murmuró el ratón.—Está dando de comer a las gallinas. ¿Las ves? Ve a preguntarle.

Cebón se despidió del roedor y luego se encaminó a la granja de aquella buena mujer. Dió un par de gruñidos cuando estuvo a sus pies, y ella le vió entonces entre las gallinas, muy pequeñito, mucho más que un polluelo acabado de nacer. Lo tomó, muy asombrada, y luego Cebón le preguntó:

—¿Quiere usted proporcionarme hogar? Me he escapado y necesito una nueva casa.

La esposa del granjero se rió, meneando la cabeza.

—Eres un animalito muy divertido—dijo. — No me reportarías ninguna utilidad a causa de tu pequeñísimo tamaño. Los demás cerdos te comerían. No, no, habrás de ir a otra parte.

Cebón se alejó muy triste. ¿Adónde iría? Anduvo de





—PERMÍTAME VIVIR CON SUS PATOS—ROGÓ CEBÓN

un lado para otro, sin rumbo fijo, y, por fin, llegó a la falda de una colina, en donde unas ovejas tan grandes como elefantes, a los ojos del cerdito, pacían con el mayor apetito.

—Me gustaría mucho vivir aquí — pensó Cebón.— Aquí abunda el sol, y las ovejas no me harían ningún caso. Iré a preguntar al pastor si me quiere.

Fué en busca del pastor, que estaba sentado en la hierba, y mirando al cielo, para ver si venía la lluvia.

—¿Me quiere usted para que sea un animal de su propiedad?—preguntó al sorprendido pastor. — Soy un cerdo que me he escapado de mi casa. Soy un cerdo verdadero, a pesar de mi escasa estatura.

El pastor inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—¿Para qué sirve un cerdito como tú?—preguntó.  
—Eres inútil para todo. Mis perros te morderían después de haberte olfateado. Vete antes de que sea tarde.

El pobre cerdito de color de rosa salió de estampía mirando a su espalda para ver si veía llegar los perros. Y continuó corriendo hasta llegar al lado de una pastora de patos, que llevaba estos animales al prado comunal. Se acercó a la jovencita y rozó una de las cintas de su zapato.

—Permítame que sea su cerdito—rogó. — Déjeme vivir en compañía de sus patos.

La niña lo miró muy asombrada.

—¿Para qué sirves?—le preguntó.—Eres demasiado pequeñito. ¿Quién te querrá al verte tan diminuto?

Los patos vieron al cerdito y empezaron a graznar y a dar bufidos. Rodearon a Cebón, el cual se asustó mucho, hasta que, por fin, se escapó corriendo por entre sus amarillas patas.

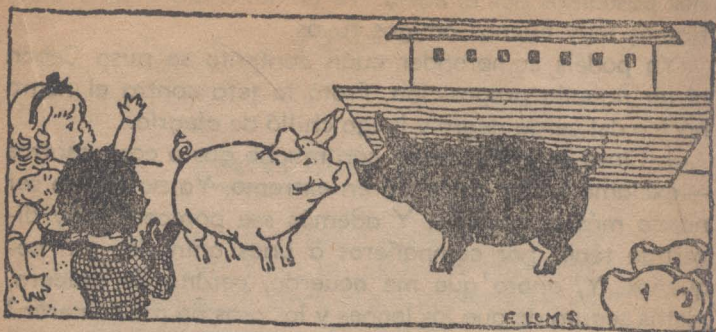
Permaneció escondido todo el día, asustado de los gatos, de los perros y de los patos. Al anochecer reanudó su camino y pronto llegó a una gran casa. Metióse por debajo de una puerta y se vió, de pronto, en la sala de juego de unos niños. En un estante había muñecas, una pelota en el suelo y sobre la chimenea un reloj de cuerda, unos soldados, una cometa y, arriada a la pared, un Arca de Noé.

—¿Eres un juguete?—preguntó la muñeca mayor.

—No. Soy un cerdito verdadero, pero muy pequeño—contestó Cebón.

Luego refirió a los juguetes su mala ventura, y todos le manifestaron su sentimiento.

Los animales del Arca de Noé acudieron a visitarlo.



## TODOS LOS ANIMALES FUERON A VER A CEBÓN

Había allí dos elefantes, dos osos, dos leones, dos tigres, dos canguros y dos vacas, así como dos cabras, etc. En una palabra, dos animales de cada clase.

Pero, desde luego, no estaban todos allí. Solamente había un cerdo y además era negro. Y no cesaba de contemplar a Cebón.

—¡Hola!—exclamó. — Al principio creí que eras el otro cerdo del Arca de Noé, que había regresado. Un día se quedó solo, fuera del Arca, sobre la alfombra, y cuando la criada barrió, al día siguiente, lo echó al cubo de la basura, y ya nunca más hemos vuelto a verle.

—Nos figuramos que debieron de meterlo en el cubo de la basura, para llevárselo—observó la muñeca mayor, con acento de tristeza.—Lo echamos mucho de menos. Y tu te pareces a él en extremo.

—Me siento muy solo sin él—dijo el cerdito del Arca de Noé.—Supongo, cerdito vivo, que te gustaría ser juguete y venir a vivir con nosotros, en el Arca. Nos divertimos mucho, pues las niñas nos sacan con frecuencia y



nos paseamos por el suelo. Te cuidaríamos mucho y seríamos muy buenos amigos tuyos.

Ya podéis comprender cuán contento se puso Cebón al oír aquella proposición. Frotó la jeta contra el negro hocico del cerdo negro y luego chilló de alegría.

—Claro está que viviré con mucho gusto con vosotros —exclamó.—Me agrada en extremo. Ya no quiero ser nunca más corpulento. Y además me parecerá muy divertido tener por compañeros a unos animales tan pequeños. Y, ahora que me acuerdo, cerdito de madera, ¿estás seguro de que los leones y los osos no me comerán?

—¡Oh, no, de ningún modo! —exclamó el cerdo negro.—Todos son de madera. No comen nada vivo, como tú.

—¡Oh, yo sí! —contestó Cebón. Se subió al Arca y se acomodó con todos los demás. Estaba contentísimo de haber encontrado tan buena vivienda. El Arca era caliente y cómoda; los demás animales se mostraban alegres y llenos de cordialidad, y él era muy feliz.

Pero cuando las niñas Ana y Margarita quisieron jugar al día siguiente, con los animales del Arca de Noé, se quedaron muy sorprendidas.

—¡Margarita! Aquí hay otro cerdito en vez del que perdimos —exclamó Ana cogiendo a Cebón.—¡Qué bonito y gordo está! Parece que sea de veras. ¿Quién lo habrá puesto aquí?

Nadie lo sabía, y tampoco papá o mamá. La institutriz meneó negativamente la cabeza cuando se lo preguntaron, y lo mismo hizo Juana, la doncella. Nadie sabía una palabra. Ya podéis imaginaros cuán extrañados estaban todos.

Cebón vive todavía en el Arca de Noé. Y me gustaría mucho poder comunicar a Ana y a Margarita cómo fué a parar allá.

## PAÑUELO ANUDADO

Un día, Acalorado fué a desvainer guisantes en su jardín. Tomó una silla, un cesto de guisantes y un plato para ponerlos. Se sentó al sol y empezó a limpiarlos. Era un día muy caluroso, de verano. Hacía mucho calor. Acalorado resoplaba y jadeaba, deseando haber traído su sombrero para defenderse la cabeza. Pero como era tan perezoso, no quiso penetrar en la casa para irlo a buscar y se contentó con sacar su gran pañuelo amarillo, al que hizo un nudo en cada esquina para cubrirse la cabeza, que así quedaba bastante protegida del sol.

En cuanto hubo acabado de quitar las vainas de los guisantes, se metió en su casa. Quitóse el pañuelo de la cabeza para guardárselo en el bolsillo, pero se olvidó de deshacer los nudos. Y allí estuvo el pañuelo hasta el siguiente día. Cuando Acalorado se levantó por la mañana, sacó de su bolsillo el pañuelo con objeto de tomar otro limpio y entonces vió que tenía cuatro nudos.

Acalorado tenía la costumbre de hacer un nudo en el pañuelo cada vez que quería recordar alguna cosa y así, al ver los cuatro nudos, se quedó extrañadísimo y se dijo que el asunto debía tener una importancia extremada, cuando fué necesario hacer nada menos que cuatro nudos.

Ya no se acordaba de haber utilizado el pañuelo para cubrirse la cabeza. Por lo tanto se sentó y, durante cinco minutos, se estrujó el cerebro tratando de recordar.

—¿Por qué hice tantos nudos?—se preguntó.—¡Ojalá pudiese acordarme! ¿Será el santo de algún amigo? ¿Venrá alguien a merendar conmigo? ¿Habré de ir a visitar a alguien? ¿Qué será? Tengo una memoria detestable. ¡Ojalá supiera por qué hice todos esos nudos en mi pañuelo!

Acalorado estaba preocupadísimo. Decidió ir a ver al señor Brujo, para preguntarle la razón. Tomó la bolsa y salió.

El brujo examinó el pañuelo amarillo con los cuatro nudos y frunció el ceño. Luego lo metió en un cuenco lleno de leche, de color de rosa y lo hirvió durante cinco minutos. Luego sacó el pañuelo, que tenía unas manchas rojizas y lo retorció para secarlo. Lo extendió, por fin, y lo volvió a examinar. Llevaba una palabra escrita.

—Esa es la razón de que hicieras los nudos en tu pañuelo—dijo.—Puedes leerla.

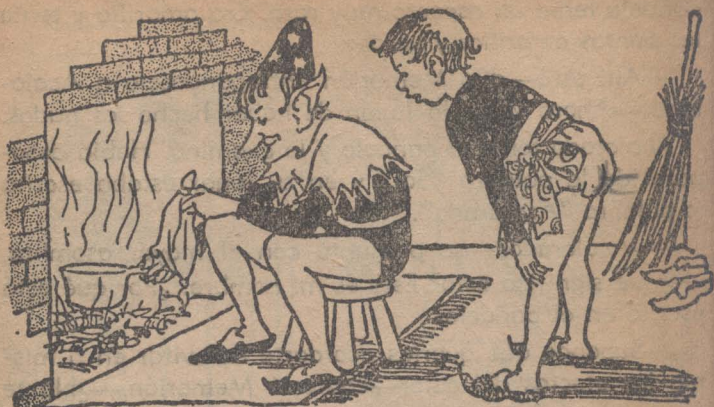
—¿"Sol"? — exclamó Acalorado examinando el pañuelo.—¿"Sol"? ¿Qué significa eso? ¿Para qué necesitaba yo hacer nudos en el pañuelo a fin de recordar que hacía sol? ¡Dios mío, la cosa está cada vez más embrollada!

Pagó cincuenta centavos al brujo y se marchó muy preocupado. ¡"Sol"! ¿Qué significaría eso? ¿Habría de poner algo a secar al sol? ¿Acaso quiso recordarse de eso?

Acalorado no podía imaginar otra cosa. Por eso decidió ir a casa del geniecillo Memorión, que era muy listo y tenía tan buena memoria, que, a veces, llegaba a recordar las cosas olvidadas por los demás.

A su casa se encaminó Acalorado, llevando su anudado pañuelo. Memorión estaba sentado ante su puerta, tejiendo una corbata con hilos de bruma, muy fina y de-





## EL SEÑOR BRUJO ARROJÓ EL PAÑUELO A UN CUENCO DE LECHE DE COLOR ROSADO

licada. Acogió con una sonrisa a Acalorado y le preguntó en qué podía servirle.

—Quisiera saber si podrás decirme la razón de que hiciese cuatro nudos en mi pañuelo. Tengo la costumbre de hacer un nudo en él cuando quiero recordar algo importante. Pero ahora me resulta imposible acordarme de por qué los hice. ¿Podrás decírmelo?

Memorión tomó el pañuelo, tanteó los nudos y se quedó muy pensativo. Luego se llevó el pañuelo al interior de la casa y, con gran sorpresa y susto de Acalorado, arrojó el pañuelo al fuego. Pero no se quemó. Solamente cambió varias veces de color, poniéndose verde y rojo y, de repente, saltó del fuego yendo a caer a los pies de Acalorado.

El geniecillo lo recogió y lo frotó entre sus manos. Todos los nudos se habían puesto verdes, de modo que el

pañuelo tenía un aspecto muy raro. Era amarillo y tenía las puntas amarillas y verdes.

—Ahí está—dijo Memorión entregándoselo a Acalorado.—Ahora verás la razón de haber hecho los nudos.

Acalorado tomó el pañuelo y lo examinó. Había desaparecido la palabra "Sol" y en su lugar estaba escrita la palabra "Acalorado".

—¿Acalorado?—se preguntó con el mayor asombro.—¿Qué significa esto? Este es mi nombre. ¿Por qué está escrito en el pañuelo?

—Supongo que querías acordarte de evitar en ti mismo los efectos del calor—contestó Memorión.—¿No te acuerdas aún?

—Me parece que no—dijo Acalorado con la mayor extrañeza.—Vamos a ver. ¿Qué cosa se pone demasiado caliente? No me gusta dejar que se encienda demasiado mi chimenea, pero con este tiempo de verano, ya se comprende que no la utilizo. Por lo tanto, no puedo haber querido recordar eso. Resulta muy difícil averiguar el significado de esos cuatro nudos ¿verdad, Memorión?

—Así parece—contestó el geniecillo reanudando su tarea.—Es un peso, Acalorado,—añadió con amabilidad.

Acalorado pagó el dinero y salió más preocupado que antes. Examinó su monedero y vió que le quedaban solamente cincuenta centavos. Iría a ver a la señora Monita, por si ella lograba decirle la causa de haber hecho aquellos cuatro nudos en el pañuelo. Luego ya no podría consultar a nadie más, porque ya no le quedaría dinero.

La señora Monita vivía en el centro del bosque inmediato al pueblo. Acalorado se encaminó a su casa y llamó a la puerta. En el acto recibió permiso para entrar.

—¿Qué quiere usted?—preguntó la señora Monita.—



## ESTABA IMPRESA LA PALABRA "GORRA"

Estoy ocupadísima con un nuevo encantamiento y no puedo entretenerme mucho.

Acalorado le expuso su deseo.

—Eso es fácil—contestó la señora Monita.—Deme usted el pañuelo.

Lo tomó y deshizo los cuatro nudos. Puso en un extremo un poco de mantequilla y volvió a hacer el nudo. En otra punta puso una pluma amarilla, anudándola igualmente. En la tercera esquina puso un poco de miel y la cola de un pescado en la cuarta. Estas dos últimas también las anudó. Hecho eso, se puso sobre el pañuelo y pronunció algunas palabras mágicas. Recogió el pañuelo y lo abrió. Estaba muy sucio con las cosas que le pusiera, pero en el centro aparecía la palabra "Gorra" que mostró a Acalorado.

—No recuerdo nada acerca de una gorra—dijo Acalorado, más extrañado que nunca.—Le aseguro, señora,





### ACALORADO SACÓ SU PAÑUELO MIRÁNDOLO

que eso es un misterio. Temo no descubrir nunca por qué hice esos cuatro nudos. De todos modos, muchas gracias, señora Monita. No ha logrado usted aclarar mis dudas, pero ahí tiene sus cincuenta centavos.

Acalorado regresó a su casa, arrepentido de haberse gastado el dinero, y en cuanto llegó a ella tomó unas patatas y salió al jardín para mondarlas. Como quiera que el sol era muy caliente, empezó a sentir alguna molestia, pero la pereza le impidió volver a la casa para tomar su sombrero. Y entonces se le ocurrió la idea de cubrirse la cabeza con un pañuelo. Sacó el que llevaba en el bolsillo y cuando empezaba a anudar sus puntas, se interrumpió, pues, en el acto, recordó que el día anterior había hecho lo mismo.

—Resulta —se dijo— que esos nudos de mi pañuelo no significaban nada. ¡Oh, qué tonto he sido! ¡Qué memoria tan detestable! Si no me contuviese, capaz sería de echarme a llorar y aun quizá yo mismo me diera unos puñetazos.

Y realmente, tal vez los tenía muy merecidos.

## EL HADA MUÑECA DE LUISITA



Cierto día Luisita paseaba empujando el cochecillo de sus muñecos y casi sin darse cuenta, llegó a la orilla del grande estanque situado a corta distancia de su pueblo. La niña se disponía ya a emprender el camino de regreso, cuando oyó el ruido de algo que se caía al agua y poco después vió que en la superficie se originaban grandes círculos concéntricos. Miró atentamente y le pareció que en el centro divisaba algo que se movía.

Casi en el mismo instante llegó a sus oídos una voccita que pedía socorro. Luisita, extrañada a más no poder, pero sin asustarse por eso, miró mejor. Creyó reconocer una cabecita y casi instintivamente arrancó una larga rama de un arbusto que tenía al lado, y, tomándola por un extremo, se acercó a la orilla del agua y la tendió hacia aquel ser que nadaba valerosamente y que de una manera confusa, le pareció una niña muy pequeña.

Entonces vió que se agarraba a la rama ¿qué os figuráis?, pues una pequeña hada, de cabello negro, con el traje y las alas mojados y chorreando agua.

—¡Oh, gracias! ¡Gracias! ¡Me has salvado la vida!— exclamó el diminuto ser.—Estaba hablando en una rama con la Ardilla, cuando perdí el equilibrio y me caí al agua. Suerte he tenido de que estuvieses cerca.

—¿Qué vas a hacer ahora?—preguntó Luisita al verla en tan lamentable estado.—Estás calada hasta los hue-



TENDIÓ LA RAMA A UN HADA DE CABELLO NEGRO

sos y no hace sol. Vale más que te lleve a mi casa.

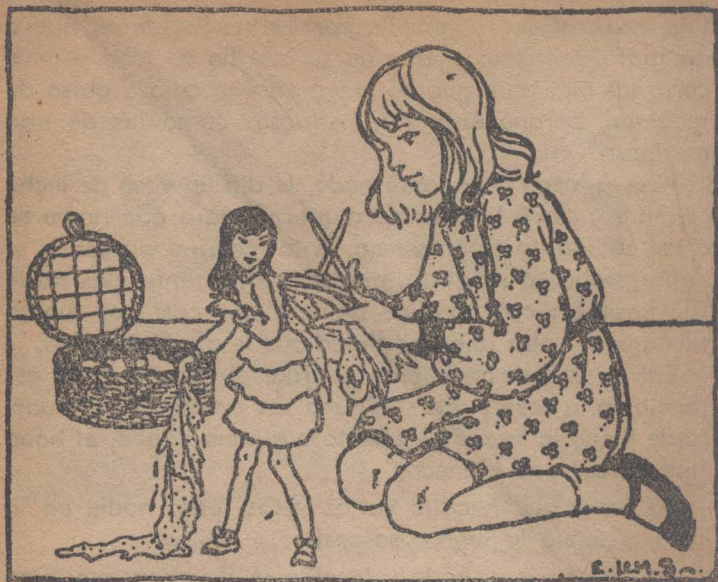
—¡Pero...!

—No tengas miedo—le dijo la niña.—Te secaré ante el fuego, te daré ropa de mis muñecas y si quieres dormir, te prepararé la cama en la casa de muñecas. Ya verás cómo estarás bien. Ahora puedes ponerte el chal de una muñeca y te llevaré en el cochecillo.

Tal vez el hada quiso, al principio, negarse, mas eran tan bondadosos los ofrecimientos de la niña y le inspiró Luisita tal confianza, que no opuso ningún reparo. Se abrigó con un caliente chal de lana, Luisita la subió al cochecillo y se volvió apresuradamente a su casa.

Una vez en ella, llevó al hada a su cuarto de juego y, desnudándola con el mayor cuidado, la llevó ante el fuego, para que se calentase. Luego la vistió con la ropa





## TOMÓ LAS TIJERAS Y CORTÓ LAS ALAS DEL HADA

de una de sus muñecas, que, por cierto, le sentaba perfectamente, y se disponía a acostarla, pero el hada, al mirar sus alas, exclamó:

—¡Dios mío, mis pobres alas! ¡Han quedado inservibles!

—¿De veras?—preguntó Luisita, asustada.—¿Cómo harás ahora?

—Es preciso cortar éstas y esperar a que me nazcan otras. ¿Quieres hacer el favor de cortarme estas alas mojadas?

La niña no se atrevía y aun en su fuero interno llegó a creer que el hada se engañaba, pues no era posible que volviesen a crecer unas alas tan bonitas como aqué-

llas; mas, al fin, y vencida por los ruegos de su nueva amiguita, tomó las tijeras de su cestillo de labores y le cortó las alas, que guardó luego en una caja a guisa de recuerdo, porque eran tan hermosas como las de una mariposa.

Acostó luego a la pobre hada, le dió un vaso de leche caliente y cerró la casa de muñecas, para que nadie se diese cuenta de su presencia. A la mañana siguiente, el hada estaba ya repuesta, pero como no tenía alas no le fué posible marcharse, de manera que casi por fuerza tuvo que aceptar la hospitalidad que le ofrecía Luisita.

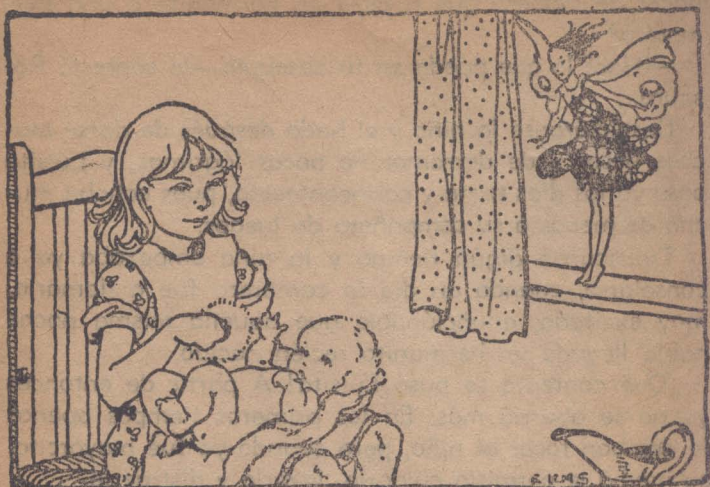
Entre las dos convinieron guardar el secreto de su estancia en la casa y que si alguna vez entraba en el cuarto de juego la mamá de Luisita o alguna criada, el hada fingiría ser una muñeca.

Así tuvo que hacerlo varias veces, pero nadie en la casa concibió la menor sospecha.

Por lo demás el hada y la niña se llevaban muy bien y se hicieron muy amigas. Luisita se pasaba en el cuarto de juego cuantas horas le quedaban libres y no pensaba en hacer travesuras, de manera que su mamá estaba encantada, aunque no comprendía la causa de aquel buen comportamiento.

Poco a poco empezaron, efectivamente, a apuntar las alas del hada. Esta miraba complacida sus progresos, en tanto que Luisita se ponía muy triste. Pronto fué necesario hacer dos cortes en la espalda del traje del hada Rosaura, pues así dijo llamarse, a fin de dejar pasar las alas, y cuando apenas habían transcurrido quince días de su llegada, ya Rosaura podía volar como antes, y por lo tanto, había llegado el momento de la separación.

—No tendré más remedio que marcharme, querida Luisita—dijo un día Rosaura.—Ya mis nuevas alas son



### EL HADA ROSAURA MIRÓ DESDE LA VENTANA A LUISITA

tan fuertes como las otras y no puedo seguir abusando de tu hospitalidad.

—¡Oh, cuánto desearía que te quedaras para siempre!

—Es imposible. Dentro de pocos días me marcharé. No hay otro remedio. Tengo que cumplir con las obligaciones que me ha impuesto la Reina de las Hadas. Y como has sido tan buena y tan cariñosa, quisiera recompensarte. ¿Puedo hacer algo en tu favor? ¿Deseas alguna cosa?

Luisita no quería pensar siquiera en la separación, pero al fin hubo de resignarse y cuando el hada le preguntó nuevamente si quería algo, le contestó:

—Mira, cuando estoy sola, me aburro mucho, porque no tengo a ningún hermano con quien jugar. ¿No podrías



hacer de manera que tuviese un hermanito o una hermanita?

—Haré lo que pueda en tu obsequio—le contestó Rosaura.

Despidiéronse la niña y el hada después de darse muchos besos y de derramar no pocas lágrimas, y Luisita pasó varios días triste y cariacontecida, pues echaba mucho de menos a su compañera de juegos.

Transcurrió algún tiempo y la niña empezaba ya a consolarse, cuando un día la camarera fué a llamarla, muy excitada, anunciándole que aquella misma noche había llegado un hermanito recién nacido.

¡Qué contenta se puso Luisita! A partir de entonces ya no se aburrió más. En los primeros tiempos apenas le dejaban tocar al niño, pero cuando ya fué mayorcito, su mamá le permitía cuidarlo, lavarlo y distraerlo.

Un día, mientras lavaba al niño, el hada Rosaura llegó a la ventana de la sala de juego. Vió a la niña sonriendo feliz mientras bañaba a su hermanito y, tirándole un beso, murmuró:

—Ahora, Luisita ya no me necesita. Ya tiene un buen compañero de juego.

Y sin decirle nada, se alejó volando.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



# Gran Novedad

**CUENTOS**

**ILUSTRACION - SORPRESA**

Son hermosos libros de narraciones para niños, en los que, sin más que volver las hojas, aparecen, en determinadas páginas, maravillosas construcciones a todo color, que se montan automáticamente y producen una gran sensación de relieve y realismo.

Es el libro de cuentos convertido en juguete.



## **Títulos en existencia**

**EL RATON MICKEY EN LA CORTE DEL REY ARTURO**  
**LOS ENANOS DEL BOSQUE Y EL REY NEPTUNO**

*Precio de cada volumen: \$ 6.—*

**EL GALLITO DEL LUGAR**  
**POPEYE Y LA BRUJA DE LOS SIETE MARES**

*Precio de cada tomo: \$ 2.30*

Urgel 245  
Barcelona



Gorostiaga 1650  
Bs. Aires